

# ASIA Y ÁFRICA ACTUALES

## EL PROCESO DE TRANSICIÓN EN SUDÁFRICA\*

LINDIWE SISULU

*Viceministra de Asuntos Internos, República de Sudáfrica*

*Damas y Caballeros:*

QUIERO EXPRESAR MI SINCERO AGRADECIMIENTO a los organizadores de este evento por la invitación y la oportunidad de compartir con ustedes algunas de las experiencias del proceso de transición que se vive en mi país. El alcance del tema sobre el que me han pedido que hable es muy amplio y, naturalmente, no sé muy bien por dónde empezar.

Por dónde comenzar a contar la historia del momento en que los asuntos de un sistema tan oscuro y maligno giraron a uno que nos ha llenado de esperanzas a nosotros y a muchos de nuestros amigos.

Hoy les hablo como un político, lo que en pocas palabras significa que quiero evitar el escrutinio de los académicos sobre los fundamentos teóricos y filosóficos de mi análisis. Quiero que ustedes entiendan y acepten que no soy objetiva porque tengo una base ideológica y no me disculpo por ello.

Para nosotros todo comenzó cuando el Congreso Nacional Africano (CNA), después de décadas de lucha armada, decidió ceder a las presiones internacionales y dejar las armas a favor de la mesa de negociaciones. Nuestra negociación fue, como ustedes lo saben, seguida por la liberación de nuestro presidente Nelson Mandela y sus colegas después de 27 años de encarcelamiento.

\* Discurso pronunciado ante los profesores y estudiantes de El Colegio de México sobre el Proceso de Transición en Sudáfrica.

El resultado final de nuestras negociaciones fue determinado por los siguientes puntos:

- el liderazgo del CNA estaba comprometido con la idea de que la única manera de ir hacia adelante era el perdón y la reconciliación;
- y que por eso la única solución duradera era una que incluyera a todos los partidos involucrados en la formación de sus destino.

Por lo tanto, después de tres difíciles años de intensa negociación, nos instalamos en la idea de formar un gobierno comprometido. En lo abstracto esto tenía sentido en el contexto de las negociaciones. Sin embargo, en la realidad fue diferente.

La transición fácil y las elecciones democráticas que llevaron a nuestro partido, el Congreso Nacional Africano, (African National Congress), al poder en abril de 1994 con un poco más de 62% del voto fue probablemente uno de los logros más significativos de nuestra lucha. Un año antes de las elecciones, nuestro país se encontraba en el filo de una guerra de aniquilación mutua cuyas consecuencias nadie podía predecir. Nosotros evitamos el baño de sangre que mucha gente esperaba. Por ello nuestro proceso de transición se ha conocido como el milagro de Sudáfrica. Y si un milagro llegó a suceder, entonces éste sólo puede ser entendido a través de los anteojos del coraje y la determinación del liderazgo de nuestra organización.

Lo que usualmente no se comprende es el hecho de que la nuestra fue una guerra sin ganadores absolutos. Los verdaderos problemas no fueron enfrentados en el campo de batalla donde el ganador podría decidir los términos sobre el perdedor. Nuestro movimiento entendió esto muy bien y reconoció que las negociaciones eran la única opción que quedaba para llegar a un acuerdo, lo que ha tenido sus restricciones a largo plazo.

Con el interés centrado en la estabilidad política de nuestro país, nosotros estábamos dispuestos a llegar a un compromiso para poder rescatar al país de la ciénaga creada por el régimen anterior, y terminar con el sufrimiento de millones de nuestra gente. Estábamos dispuestos a volver sobre nues-

tros pasos para acomodar a la mayoría de los actores políticos. Éste fue el precio que se tuvo que pagar para lograr el momento decisivo de abril de 1994.

El producto de estos compromisos fue por supuesto el gobierno de Unión Nacional, lo que significaba que tres partidos mayoritarios compartirían el poder, inaugurado en mayo de 1994 con nuestro movimiento como el socio principal. Esto era una experiencia única: crear una estabilidad política con una administración democrática basada en un compromiso histórico.

Si hubo un milagro en nuestro país en 1994, fue precisamente esto, que una generación que había estado encarcelada por 25 años estuviera dispuesta a establecer un compromiso para poder forjar un nuevo consenso nacional sobre las características fundamentales de una nueva Sudáfrica democrática.

El odio y las animosidades del pasado, estábamos convencidos, no iban a desaparecer, al menos que estuviéramos dispuestos a confrontar la verdad sobre esto. Fue sobre estas premisas que nosotros establecimos nuestra propia Comisión de la Verdad y Reconciliación en un intento por manejar estos asuntos.

Basándonos en la experiencia chilena formamos una Comisión de la Verdad no partidista. Hemos recibido muchas críticas de algunos partidos sobre el concepto de que para perdonar y olvidar se necesita un proceso de limpieza pública donde puede haber una revelación total de los males del pasado. Ha habido una gran cantidad de muestras de dolor por parte de las familias que han sufrido tragedias tremendas, y subsecuentemente, un gran descanso por el hecho de que al fin alguien estaba ahí para escuchar su dolor. También ha habido algunas revelaciones por parte de los perpetradores de estas atrocidades, en algunos casos seguidas por escenas increíbles de perdón público concedido por las víctimas de sus crímenes. También ha habido, desafortunadamente, algo de endurecimiento en las actitudes, lo que ha tenido un impacto negativo, en especial cuando los derechistas han apoyado al ex presidente P.W. Botha, cuando él se negó a aceptar su participación en los grandes males de nuestro pasado y, significativamente, hasta se negó a pedir disculpas. Somos gente con una gran esperanza porque cuatro años después puedo decirles que hemos empezado a

construir una nación sobre una sociedad profundamente fracturada. Para alguien que no ha estado en nuestro país, es difícil entender por qué este proceso ha sido tan prolongado y por qué a veces parece ingobernable, pero contra una caída en el mal extremo y la depravación existen signos de curación.

La herencia dejada a nosotros por el régimen del *apartheid* es tan grande y está tan profundamente arraigada, que lo más posible es que nos llevará años de paciente trabajo darle un giro.

Tomamos el gobierno y heredamos una impresionante deuda de 17 billones. Heredamos una administración fragmentada que consistía en un sistema incapaz, ineficiente y corrupto de patrias donde, históricamente, los negros han sido relegados a patrias o reservas donde ellos podían pretender que se gobernaban. Nuestras manos estaban amarradas por algunas de las posiciones negociadas que mantenían a los servidores civiles del pasado. En pocas palabras, estábamos encadenados y no sabíamos la enormidad de esto hasta que estuvimos en el gobierno. Con una cuenta en bancarrota teníamos que intentar armar un gobierno basado en principios económicos eficientes.

Se esperaba que el gobierno del CNA proveyera, desde el día que tomo posesión, independientemente de las condiciones en las que tomó el mando. Y entonces tuvimos esa enfermedad americana de moda, "los primeros 100 días", ¿qué había logrado el gobierno de Mandela en los primeros 100 días?, nos preguntaron. Nosotros estábamos en la desafortunada situación en que se esperaba que revirtiéramos 48 años de mal gobierno del Partido Nacionalista en un año de haber tomado posesión, y desafortunadamente, también teníamos unos medios de comunicación hostiles.

Socialmente, la realidad de nuestro país se suma en dos factores contradictorios. Nuestro país es, de hecho, dos países en uno: uno que, el Primer Mundo, se caracteriza por una amplia base industrial, una infraestructura de buen tamaño, y un sector de información creciente. El otro, el Tercer Mundo, caracterizado por una pobreza persistente, el alto índice de desempleo que con seguridad no es diferente al de los países del Tercer Mundo más pobres, gente sin casa, altas tasas de morta-

lidad infantil, una tasa de criminalidad creciente, un mundo donde el desempleo para la mayoría de la gente negra es de una escala inimaginable; un mundo donde la destitución y la corrupción funciona a gran escala; una asombrosa deuda que fue adquirida para reprimirnos y pagar por los privilegios de una minoría blanca nacional, y sobre todo, una burocracia intratable con la que estábamos forzados a vivir —y todavía lo hacemos— debido a la misma naturaleza de la transición del *apartheid* a la democracia.

Nosotros heredamos una economía donde la diferencia de salarios entre un blanco y un africano es de 8:1. Heredamos una burocracia cuya lealtad hacia nosotros era cuestionable. Heredamos una enorme deuda cuyo servicio se lleva 21% de nuestro presupuesto.

En 1994, en el “Reporte de Desarrollo Humano” Sudáfrica ocupó el puesto 93 de 172. Pero cuando el índice de desarrollo humano fue colocado por razas, la Sudáfrica blanca por sí sola hubiera alcanzado el lugar 24 junto a España, mientras la Sudáfrica negra hubiera tenido el 83 sólo arriba de Congo Brazzaville. Es este legado socioeconómico del *apartheid* el que nuestro vicepresidente Thabo Mbeki recientemente ha descrito como “un aterrador montón de desbalances y desigualdad... donde algunos deben cambiar o perecerán, y otros temen perecer si cambian”. En resumen, lo que yo estoy diciendo es que en abril de 1994 experimentamos una transición sólo en el aspecto político. Ganamos la oficina política, pero el poder económico y la distribución económica del orden previo se mantenía más o menos intacta.

Y como todos los países del sur, hemos sido confrontados con las incertidumbres de la globalización mundial del mercado. Constantemente nos enfrentamos con una falta de confianza por parte de los inversionistas extranjeros. A pesar de la puesta en marcha de una política macroeconómica “amigable al mercado” —que nosotros llamamos GEAR—, las inversiones directas del extranjero (FDI) no han estado llegando en cantidades suficientes, y las metas de crecimiento económico no han sido fácilmente alcanzadas. La falta de crecimiento económico ha llevado el desempleo a niveles inaceptables, hasta en los estándares del Tercer Mundo. Esto se incrementa aún más por

una históricamente mala distribución de los recursos entre los blancos y los negros, que ahora parece reflejar la relación social entre la pobreza de los negros y la opulencia de los blancos.

A pesar de estos visibles obstáculos, hemos tenido grandes logros en los últimos cuatro años. Hemos escrito una Constitución muy democrática, de hecho puedo decir sin temor a contradecirme que la nuestra es la Constitución más democrática del mundo. Nuestra Constitución y Declaración de derechos que descansan en la ilegalidad de la discriminación basada en raza, género, sexo, estado civil, orígenes sociales o étnicos, deshabilidad por la edad, religión y cultura. También hemos creado instituciones para reforzar estas garantías constitucionales —Comisión de Derechos Humanos, la Comisión de Igualdad de Género, la Oficina del Protector Público, y la Comisión para la Promoción y Protección de los Derechos de las Comunidades Religiosas, Culturales y Lingüísticas.

Creamos un modelo ideal ya que empleamos la mejor parte de nuestras vidas luchando por estos ideales. Sin embargo, mi opinión personal sobre éstos es que nos apresuramos a poner los cimientos de una sociedad modelo cuando apenas hemos logrado un nivel razonable de transformación. Ahora de vez en cuando descubrimos que tenemos todos estos maravillosos derechos entronizados en el momento en que intentamos transformar instituciones fundamentales de gobierno y se nos interponen algunas cláusulas de la Constitución.

Quiero dar un ejemplo de esto en su aspecto más extremo. Hace dos años el presidente instaló una comisión para investigar las acusaciones de racismo en los deportes. El director del grupo deportivo afectado vetó esta decisión en la Corte y para nuestra gran sorpresa el juez en turno citó al presidente para que explicara cómo tomó la decisión de instalar una comisión de investigación. El presidente se presentó en la Corte, y por un veredicto al que se llegó hace tres meses el juez dijo que encontraba al presidente como un testigo poco confiable y sus decisiones ejecutivas fueron anuladas por un juez de la Corte.

Debemos entender que todas las constituciones buenas, así como todas las democracias buenas, tienen un efecto de control sobre el gobierno y que ante la perspectiva de institu-

ciones no arrepentidas y no reformadas que hemos heredado, de hecho, estábamos construyendo un ideal sobre una situación no ideal. Ahora hemos establecido un proceso de revisión de la Constitución para asegurar que esté acorde con nuestro nivel de desarrollo y de hecho nos deje gobernar.

Sin embargo, hemos tenido logros inmensos. Es en nuestras áreas rurales, entre los pobres y las secciones históricamente relegadas de nuestra sociedad, donde hemos hecho nuestros mejores avances. Los problemas aquí no han sido diferentes a los de otros países en vías de desarrollo, por mencionar algunos: la falta de agua potable, centros de salud, clínicas y electricidad. Heredamos una situación donde las mujeres gastan alrededor de 60% de sus vidas laborales trayendo agua de largas distancias, donde la mortalidad infantil en las áreas rurales y semiurbanas era alta debido a la falta de agua limpia y servicios médicos accesibles, donde ciertos servicios no podían ser provistos por falta de electricidad.

Ya hemos empezado a mejorar las condiciones de la gente en las áreas rurales. Nuestros proyectos comunitarios de abastecimiento de agua y sanidad han sido muy exitosos. De hecho, el principal punto en el programa de salud del país ha sido la institución de centros de salud, así como la intensificación de programas para la construcción de clínicas y de centros de salud en áreas rurales.

De manera similar hemos realizado avances considerables en la transformación de nuestro sistema educativo. Heredamos un sistema educativo distorsionado con una muy mala distribución de los recursos en favor de los sectores blancos de la población. Hemos logrado éxitos considerables en la fase de hacer obligatoria la educación en los niveles bajos. Junto con la nueva dispensa democrática, hemos introducido un nuevo plan educativo que va acorde con las necesidades del país, y la distribución de nuestra sociedad.

En nuestro país, es igualmente importante reconocer el hecho de que no pueden realizarse cambios significativos sin una transformación fundamental de las instituciones de gobierno. En una sociedad tan profundamente fracturada como la nuestra, reconocemos que una nueva nación no puede nacer teniendo como base el desbalance extraordinario heredado

del pasado. Heredamos un servicio civil que era predominantemente blanco y masculino y que consumía una cantidad considerable de nuestro presupuesto. Por ello pensamos en hacer más eficiente el servicio civil, así como en cambiar su composición y su carácter. Consecuentemente, se instaló un enérgico programa de acción afirmativa, el cual tuvo un grado razonable de éxito. Una nueva Declaración de Igualdad en el Empleo ha sido aceptada, cuya función central está encaminada a corregir las desigualdades en el campo laboral.

Estas medidas han sido importantes no sólo para mantener y fortalecer la democracia en nuestro país, sino también —y esto es lo más importante— para poner en marcha mecanismos que transformen fundamentalmente nuestra sociedad, que promuevan la igualdad tanto de raza como de género.

La transformación ha sido muy dura para nosotros, pero creemos que lo hemos logrado por la buena voluntad que existe por parte del mundo y de amigos como ustedes. Hemos aprendido muchas lecciones invaluable y hemos cometido algunos errores. Todavía tenemos un largo camino por andar antes de que podamos revertir los efectos del *apartheid*. De hecho, esto no será posible ni en la próxima década. La heridas del *apartheid*, en el contexto internacional dentro del cual se tienen que buscar los remedios y ser implementados, son tales que quienes pertenecen a nuestra generación probablemente no podrán disfrutar todos los frutos; sólo nuestros niños —la próxima generación— podrán disfrutarlos todos, económicos y políticos, entregados por la dispensa del pasado.

Nuestro compromiso con ideas de igualdad, justicia, prosperidad y un otorgamiento sustentable de democracia, creo que es compartido a lo largo de nuestro continente en respuesta a un predicamento común. Como gobierno tenemos una visión para el próximo milenio: una visión del renacimiento africano y nuestro lugar para llevarlo a cabo, una visión para hacer a nuestro país, nuestro subcontinente, y nuestro continente, un ejemplo luminoso de un mejor lugar para vivir.

África ha sido descrito como un continente moribundo. Es visto como un continente en el que sus principales huellas han sido la guerra civil, sequías, hambruna, corrupción y dicta-

duras. Y quién puede culpar al resto del mundo por esta percepción. Sólo se necesita ver las noticias en los últimos meses o semanas: la renovada lucha entre tropas del gobierno y rebeldes en Angola, una rebelión en la República Democrática del Congo, los problemas gestándose dentro y fuera de países vecinos, o las tragedias recientes en la capital de Kenia y Tanzania.

Éstos son sólo los sucesos más recientes: hace una año teníamos crisis en los Congos, Sierra Leona, Liberia, Eritrea, Nigeria, y podría seguir. Estos sucesos sólo sirven para reforzar la visión de que somos un continente en guerra consigo mismo. Inestable políticamente, enteramente en conflicto, e incapaz de revertir su infortunio. Un completo e incontable desastre humano, y para acrecentar a nuestra miseria tenemos el problema de Lesotho en nuestras manos.

En estas circunstancias cualquiera que mire África sería perdonado por creer que su renacimiento es un sueño de tontos. Pero como visionarios, pues hemos heredado una cultura rica de nuestra reciente historia, creemos que hay un futuro para África. A pesar de estos retrasos temporales, nosotros estamos comprometidos y determinados en nuestra búsqueda de estabilidad política, progreso social, paz y renovación económica.

Como africanos tenemos la determinación de que, fuera de esta espiral sin fin de la anarquía, una nueva África debe nacer. De hecho, nuestra propia victoria sobre el *apartheid*, los grandes pasos que hemos dado hacia un renacimiento democrático resultaría fútil si no hiciéramos de esta renovación un esfuerzo continental.

En este contexto, la consecución de la democracia en Sudáfrica debe ser visto como parte de un proceso más amplio de democratización de África, un proceso de democratización robusto apoyado por los principios y prácticas de participación masiva, transparencia y confianza.

Estamos convencidos de que la consolidación de la democracia en nuestro país sólo puede ser alcanzada por los esfuerzos unidos en la región de Sudáfrica y en el continente en su totalidad. Esto explica nuestro compromiso con la idea de un renacimiento africano. Nuestro punto de partida es que nosotros somos intrínsecamente parte del continente africano. En

una palabra, Sudáfrica es un país africano. Nuestro compromiso con el renacimiento de un continente que por mucho tiempo ha sido objeto de pillajes, es de vital importancia para nosotros.

Para nosotros, el renacimiento africano es tanto un objetivo estratégico como un llamado a la acción. Nuestro vicepresidente, Thabo Mbeki, lo ha enfatizado muchas veces al manifestar que el pilar clave necesario para el éxito de un renacimiento africano es la renovación económica del continente.

Es una renovación donde el desarrollo económico, la participación popular y el respeto por los derechos humanos son vistos como parte del mismo proceso. Una renovación que es al mismo tiempo un rechazo de prácticas ineficientes, corruptas y cleptocráticas en nuestro país y en la mayoría de los países subsaharianos.

Sobre todo, tenemos una visión de una renovación económica que está sostenida por la renovación democrática y la movilización masiva de nuestra gente a lo largo del continente. Tenemos una democracia que ha hecho del éxito su huella. Nos incumbe construir a partir de esta cimentación sólida.

Y al construir sobre estos cimientos es importante que nosotros aprendamos las lecciones más importantes de nuestras luchas por la democracia en nuestro país. Una de las lecciones más importantes de nuestro pasado reciente ha sido nuestra habilidad para formar unidad en coyunturas críticas en nuestra lucha, habilidad para acomodarnos, disposición para construir un compromiso, para ser influyentes en casi todas las fuerzas políticas y sociales, y la disponibilidad de hacer un llamado a nuestra gente, independientemente de sus afiliaciones políticas, para unirnos alrededor de esos valores que compartimos para poder formar un consenso nacional.

El reto que enfrentamos ahora como continente es si en verdad podemos encontrar la fórmula para terminar la inestabilidad y crisis eterna que ha envuelto a nuestro continente, y construir una unidad significativa que pueda conducir nuestra regeneración política y recuperación económica. Nuestra visión de un renacimiento africano es precisamente sobre esta búsqueda de soluciones a nuestros problemas continentales.

Las políticas en nuestras regiones, y en el continente en general, son dirigidas específicamente para alcanzar este tipo de unidad.

Por lo tanto, en este sentido nos hemos comprometido a lograr una paz llena de soluciones a nuestros problemas continentales. Ésta es nuestra experiencia, ha funcionado para nosotros, y creemos que a la larga será posible reunirnos en un foro continental para negociar nuestros problemas. Es posible que funcione para todo nuestro continente.

En nuestro país, como ya lo he indicado, la guerra no tuvo ganadores absolutos. Por eso tuvimos que llegar a un acuerdo por medio de negociaciones, un proceso que abarcó a toda la población de Sudáfrica. Nuestro gobierno, y todas sus instituciones, son un reflejo de los compromisos que hicimos en 1994. En nuestro parlamento, antiguos dictadores y fuerzas antidemocráticas se sientan unos junto a los otros con demócratas y patriotas en un gran proceso de aprendizaje. Sí, el compromiso puede ser caro, tiende a frenar el proceso de cambio a veces, pero garantiza un ambiente estable en el cual se puede buscar el cambio. Estamos diciendo que éste es nuestro regalo al continente, porque si llega a triunfar, nuestro experimento puede muy bien probar ser una gran contribución para la democracia.

Como partido gobernante y como gobierno tenemos la responsabilidad de asegurarnos que este experimento funcione, ya que de su éxito depende la renovación del gran continente.

Como estudiantes e intelectuales, pienso que ustedes no pueden evitar ser parte de esta visión. Sí, es una visión del renacimiento africano, pero también es una visión del renacimiento de todo el Sur. Como parte de la comunidad de naciones de países en desarrollo nos enfrentamos a problemas idénticos en nuestra búsqueda por erradicar la pobreza y mejorar las condiciones de vida de la mayoría de nuestra gente. Por eso hemos sido forzados, nos guste o no, a desarrollar soluciones comunes para nuestros problemas comunes. Nosotros miramos hacia ustedes como académicos y futuros académicos para que nos den los recursos intelectuales para dirigir nuestra visión de la renovación política y económica del Sur.

Por último, permítanme decir esto: una de las lecciones que también hemos aprendido de nuestra lucha es que la revolución no es un evento, sino un proceso. Nos hemos embarcado en este largo y difícil proceso. Y no tengo ninguna duda de que ustedes se unirán a nuestro esfuerzo por hacer de este mundo un mejor lugar para vivir.

Muchas Gracias.

Traducción del inglés:  
EMIKO SALDÍVAR